

La Investigación en las facultades de Comunicación

J. Martín Barbero

Mi reflexión va a trabajar dos pistas: primero la experiencia del paso de las escuelas de periodismo a las de comunicación social, paso que se sitúa entre los años finales de los 60 y comienzos de los 70. Y segundo: sobre el proyecto que en forma aún de búsqueda y de aproximaciones estamos laborando en el Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad del Valle, en Cali, Colombia.

I. DE LAS ESCUELAS DE PERIODISMO A LAS FACULTADES DE COMUNICACION SOCIAL.

Aunque toda generalización empobrece y caricaturiza la experiencia creo posible afirmar que las viejas escuelas de periodismo estaban basadas en **una concepción eminentemente pragmática** como la que hoy sostiene a las llamadas "escuelas técnicas": predominio del aprendizaje de herramientas, de técnicas para hacer cosas. Pero un pragmatismo que se envolvía sin embargo en **un humanismo genérico e idealista** traducido en **una ética** profesional bastante aséptica, pretendidamente **apolítica**. Y todo ello adornado por una **"cultura general"** de corte erudito. Eran unas facultades de las que estaba, sencillamente, **ausente la investigación** y en las que -con bien raras excepciones- predominaba también **una visión socialmente funcionalista del estudio y del trabajo**.

Frente a esas escuelas, y merced no a la mera evolución interna sino a la presión social de los acontecimientos de América Latina sobre ellas, se va a producir en los años sesenta una toma de conciencia bien fuerte acerca del papel que juegan los procesos masivos de comunicación en la dependencia latinoamericana. Esta toma de conciencia de que los procesos masivos de comunicación no son ahistóricos, no están por fuera del proceso de dominación social sino que juegan un papel, relativo pero importante, va a traer consigo una reformulación compleja de las viejas escuelas: qué estudiar, cómo estudiarlo, qué tipo de materias, qué tipo de problemas, etc. Fundamentalmente esas nuevas escuelas van a descubrir el lugar que ocupan los procesos de comunicación en la estructura social, su articulación al sistema productivo, a los procesos de producción ideológica. Y desde ahí se pondrá en crisis la visión desarrollista y optimista, la de los "integrados" en el esquema de Eco, y según la cual el "progreso" se realiza de todas maneras y en él las tecnologías de comunicación masiva son un elemento clave. Los comunicadores en las nuevas facultades van a sentir que todo se "politiza"; no solo los temas sino también el oficio del comunicador. Porque los procesos de comunicación masiva no solo no democratizan ni hacen cultura sino que desmovilizan y controlan, im-

ponen verticalmente una cultura que viene a erosionar y destruir las culturas otras, las autóctonas y las menos autóctonas.



Si todo eso es cierto, y lo es. Si es cierto que en esos años descubrimos para quién trabaja la comunicación masiva y la imposibilidad entonces de una teoría de la comunicación en sí misma, la necesidad de ubicar tanto los problemas como los métodos de investigación al interior de la problemática social, también es cierto que "lo social" se nos convirtió en un espacio de desorientación y de amalgama, de meras introducciones, simplificadoras y vulgarizadoras de las ciencias sociales: introducción a la sociología, introducción a la economía política, a la antropología, a la historia. Los planes de estudio se llenaron de esos cursos, que con esos títulos o con otros más pomposos como sociología de los medios o economía de la comunicación eran incapaces de abordar la problemática por fuera de un esquema de recetas y de no

poca erudición también. Es un problema clave que poco a poco se nos fue haciendo claro y que yo llamaría **la pérdida del objeto**, con la consiguiente pérdida de la especificidad del trabajo.

Las facultades en que yo trabajé eran muy "críticas". En ellas la denuncia de la "manipulación" a través de los medios masivos jugó un papel de concientización política fundamental. Lo cuestionable no es eso sino el papel que jugó un marxismo esquemático y doctrinario incapaz de articular las diferentes problemáticas y reduciéndose a un papel de mero amalgamador. Y lo mismo en el ámbito propiamente teórico. La pérdida del objeto trajo consigo un discurso vago, general e incoherente en no pocos casos, un discurso que parecía padecer una especie de horror a la búsqueda y al trabajo empírico. Un discurso sin rigor y que a base de especulación trataba de ahorrarse la búsqueda sobre los objetos reales. Consecuente con esta situación es la pérdida de la ubicación social del comunicador. Porque esa desubicación no es un mero problema de mercado profesional, de la desorientación de un tipo de profesional nuevo. Esa desubicación tiene sus raíces en el hecho de que en la mayoría de las facultades que conozco la conciencia política se convirtió en una tendencia a abandonar las prácticas productivas. En otras palabras, una politización exacerbada, muy característica por otra parte de la situación universitaria, va a llevar a separar la práctica política de la práctica profesional. Es ahí donde reside la clave de la desubicación social del comunicador. Si todo lo que se produce en los medios masivos fatalmente funciona a favor de la clase dominante. . . no hay nada que hacer, y entonces por una parte irá mi formación y mi trabajo de periodista y por otras mi política los fines de semana.

Y así, a medida que nos acercábamos a los últimos semestres de la carrera la gente más derechista -la que solo hablaba de la práctica **profesional**- y la gente más izquierdista -la que solo hablaba de práctica **política**- se entendían perfectamente. No sé a través de qué extrañas combinaciones al final de los años de estudio una cierta derecha y una cierta izquierda estaban totalmente de acuerdo en separar radicalmente el trabajo político del trabajo profesional.

Junto a esa primera caracterización encontramos algo que es más viejo y que no afecta solo a las escuelas de comunicación pero que incidió e incide sobre estas: los impasses que a la investigación le plantean las estructuras universitarias en América Latina. No hay universidad que en su declaración de principios no coloque la investigación como una de sus tareas fundamentales. Sin embargo más allá de las declaraciones formales y salvo raras excepciones la investigación no se traduce en verdaderas condiciones que la posibiliten. Así, se reglamenta muy cuidadosamente lo formal -los formatos, la presentación- pero no se descarga al profesorado, no se adquiere bibliografía, no se facilitan desplazamientos, etc. O se plantea una burocratización de las tareas que separa tajantemente al investigador del docente, reduciendo a éste a un mero repetidor de conocimientos cuando no de fórmulas.

Otra condición negativa: la organización curricular en cuanto fragmentadora de los procesos y aisladora de los problemas. Hay aquí un chantaje que la moderna "tecnología educativa" tiende a sofisticar: el orden y la sistematicidad imponen una organización a partir de disciplinas e impiden una organización a partir de problemas. Disciplinas que

en la cabeza de la mayoría de los profesores funcionan como empresas de propiedad privada. Hasta aquí llega la historia, aquí empieza el terreno de la sociología, más allá el de la antropología, etc. Organización mercantil de la producción de conocimientos a partir de la cual y bajo la muy moderna etiqueta de la interdisciplinabilidad lo que encontramos la mayoría de las veces es la amalgama y el eclecticismo. La consecuencia global de toda esa situación es que la mayoría de los profesores no investigan. Se presentan de cuando en cuando trabajitos, para pasar en el escalafón, pero la investigación no es algo que atravesase y vertebrase la práctica sino un añadido que de cuando en cuando se necesita burocráticamente para ascender.

De otra parte, en muchas de las escuelas de comunicación que conozco, la investigación se ha convertido en una "asignatura", en la misma línea de cualquier otro curso. Y esto me parece muy grave. Como me parece grave la simplificación que alguien hizo de los problemas al volver a plantear que "el problema del método está entre empirismo, dialéctica y formalismo". En esos cursos llamados de investigación, de método o de cualquiera otra manera, se halla uno de los obstáculos más graves para que la investigación en comunicación social responda a los objetivos que se han venido planteando. Porque en esos famosos cursos de "Funcionalismo - marxismo - estructuralismo" los métodos se dan desvinculados de la historia, desvinculados de los problemas y de las disciplinas desde los que se produjeron y como recetarios de técnicas. Allí no se estudian los métodos como herramientas de trabajo para abordar problemas ligados a determinadas condiciones históricas sino como fetiches, como resortes mágicos. . . cuyo vigor interno garantiza la verdad, o cuya

verdad interna supliría el rigor. ¿Cómo es posible comprender el funcionalismo sino es, por ejemplo, en referencia a los trabajos de Malinowski en antropología y la ruptura epistemológica y política que posibilita pasar de una visión absolutamente etnocéntrica de las culturas a una concepción que relativiza "la" cultura y posibilita el rescate de las diferencias, la comprensión de las culturas otras? Sin embargo en la mayoría de los cursos de método que conozco el funcionalismo es una lista de afirmaciones abstractas, y su crítica otro tanto. Y nos pasa igual con los catecismos de marxismo que se suelen enseñar en esos cursos, como por ejemplo los de Martha Harneker. Y lo mismo con el estructuralismo, desvinculado de la economía política del signo a partir de la cual nace, y visto sin relación a la "máquina positivista" que lo trabaja como modelo.

Planteada como "asignatura" la investigación queda aislada del resto de las actividades de la escuela, tanto de las teóricas como de las prácticas, y neutralizada. De forma que cuando se llega a los "proyectos" de investigación con el bagaje de los recetarios lo que allá se produce es más una "simulación" de investigación que otra cosa, se simula que se pasa por lo real pero sin búsqueda, sin cuestionamiento, para reasegurarse más bien de lo que ya se sabía.

Y en último punto a este respecto que es específico de las facultades de comunicación social: la desvinculación de la investigación de los talleres donde se llevan a cabo las prácticas con medios. Lo que produce un tipo de alumno que tiende a ver la investigación como sinónimo de teorización. Se hace crítica abstracta de la neutralidad de la tecnología pero no se investiga su densidad cultural, ideo-

lógica. No se hace objeto de investigación la articulación de tecnología y lenguaje, esto es de los lenguajes que históricamente se producen a partir de las tecnologías, olvidando que el instrumento no es una mera prolongación de la mano sino un elemento fundamental de su conformación. Desvinculada de los talleres la investigación es puesta aparte y cuando los alumnos entran a producir, a trabajar con tecnología, parecía que olvidaran lo que investigaron. . . "teóricamente", como si aquello no tuviera nada que ver con esto. Como si realmente la tecnología fuera neutra. De manera que en unas escuelas muy politizadas y críticas cuando se pasa a los talleres se cae en la vieja postura idealista que inocenta las técnicas. Una vez más la posición política se separa de la práctica profesional y productiva.

No es extraño entonces que las monografías o tesis de grado queden reducidas la mayoría de las veces, y a pesar de la buena voluntad de profesores y de alumnos, a trabajos fragmentarios, repetitivos y aislados de lo que tiene relevancia y significación social; trabajos que no asumen mínimamente la complejidad de la producción y de las prácticas reales.

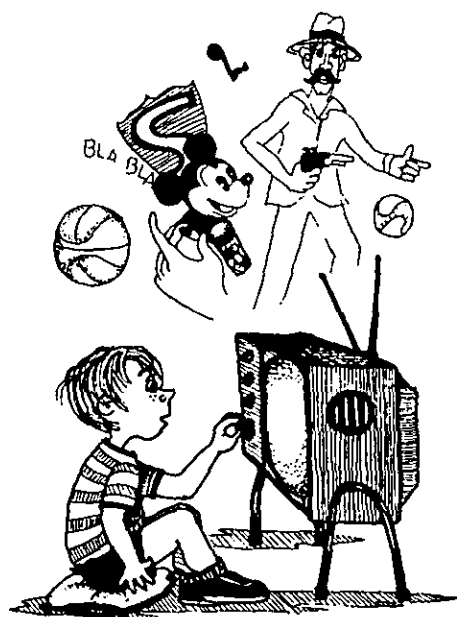
Para terminar esta primera parte quiero hacer una referencia rápida a los impases teóricos que me parecen más fundamentales. De una parte el **purismo**, cientificista en unos, politicista en otros. O la defensa a ultranza de la ciencia, del rigor y la coherencia interna, o la supeditación del trabajo investigativo a consignas políticas. En ambos casos: irrelevancia social e ineficacia tanto científica como política. Hacemos investigación para no tener que pasar a la acción. O mejor, hacemos un tipo de investigación que no nos involucra, una investigación generalista que no exige práctica. Ello está muy

ligado a la tendencia a trabajar dicotomizadamente los marcos teóricos de los procesos de investigación. Nos encontramos así con marcos teóricos muy marxistas y unos procesos de investigación fuertemente funcionalistas. Y aquí yo asumo la posición de Héctor Schmucler en su ponencia de ayer: no se trabaja inocentemente con el funcionalismo. Porque hay problemas que desde él no son formulables, por que hay problemas que para el funcionalismo no lo son. Y los métodos implican posiciones teóricas que se ocultan tras la "neutralidad" de las técnicas. Con frecuencia esa incoherencia no es más que la expresión de la simulación de que hablaba antes: se simula el paso por los hechos pero no se llega a salir del "marco".

Y el segundo impasse que afecta al plano de lo teórico, aunque su raíz está más allá, es el problema de la dependencia teórica, de la tendencia a vivir de las modas, de los bandazos que se producen en otra parte y que nos llevan a pasar de "el mensaje contra los efectos" (años iniciales de los 70) a "el receptor contra el mensaje" en la actualidad. Que las etapas existen, es un hecho, pero lo problemático es que no sea desde el proceso social que encontramos las herramientas sino desde el señuelo de la moda teórica. Si la primacía dada al estudio del receptor no replantea radicalmente la concepción misma del trabajo es porque en muchos casos no es más que cambio de fórmula.

Antes de pasar a la segunda parte, solamente quisiera hacer alusión a la tendencia actual que lleva a sacar la investigación de las universidades -especialmente de las públicas- y colocarla en institutos especializados de la empresa privada, reduciendo cada vez más las universida-

des a la docencia. Y esto se traduce en unas condiciones aún más difíciles para hacer investigación desde la universidad.



II. DE LA "COMUNICACION" A LA CULTURA POPULAR-MASIVA: UN DESPLAZAMIENTO TEORICO Y METODOLOGICO.

Nuestro trabajo se realiza actualmente en una doble búsqueda: búsqueda de problemas que respondan al proceso social en que vivimos y búsqueda de métodos que impliquen a los investigados en la investigación. Respecto a lo primero se trata de una lucha permanente contra lo que yo llamaría la inmanencia del discurso universitario, o sea esa tendencia a quedarnos por dentro en un masoquismo de lo académico que nos imposibilita agarrar los verdaderos problemas, esos que comprometen más allá de la retórica. Respecto a lo segundo se trata de la búsqueda de unas metodologías de participación que posibiliten a los sujetos de los problemas acceder tanto al proceso

como a los resultados de la investigación. Y esos sujetos son para nosotros prioritariamente las masas populares. Es a partir de ahí como nos planteamos lo que podría ser un nuevo marco teórico y un proceso diferente de investigación.

Trabajamos en un doble desplazamiento: desplazamiento del concepto de **comunicación** al concepto de **cultura**, y del concepto de lo **masivo** al concepto de lo **popular**, pero desde una articulación específica entre lo popular y lo masivo. Desplazamiento en primer lugar del concepto de comunicación ya que este concepto a través del chantaje que opera la cientificidad cibernética, y su reducción a "transmisión de información", está ocultando toda la imposición y la dominación que se efectúa a través de esa transmisión. Quiero decir que la comunicación en cuanto transmisión de información aparece como una palabra absolutamente inocente y esa inocencia que es mitificada por toda la herramienta cibernética, viene a ocultar lo que esos procesos tienen de imposición y de control, de censura, de desinformación, y de dominación. Es lo mismo que pasa en la extrapolación del concepto de información hacia el campo de la mitología de la objetividad periodística. Objetividad tras las que se enmascara a desinformación y la desmovilización, además de esos procesos de dramatización de hechos y vetización de los personajes a través de los cuales el discurso de la actualidad se articula al discurso de lo imaginario.

Para poder rescatar el proceso de dominación específica que se efectúa a través de los procesos de comunicación es necesario romper con el esquema de Laswell, ya que pensando para las máquinas ese esquema solo funciona en una concepción mecánica de lo social, es decir,

sin sentido y sin sujetos. O en una concepción en la que el sentido es solo uno, el de la relación vertical, anónima, sin rostro. Y, como he escrito en otra parte, esto no es una crítica humanística sino la llana y simple constatación de la forma como ese modelo de comunicación racionaliza lo social. Y por eso no valen los arreglos, las complementaciones con que se intentan llenar los huecos del esquema. Porque ese esquema no tiene ningún hueco, ninguna fisura. Esa es su fuerza. Y es no solo inútil sino contradictorio intentar adosar a cada elemento ya sea la fuente o el canal, el emisor o el mensaje, el receptor o el destino sus aspectos sicosociales, porque o son digeridos por el sentido dominante que sustenta el modelo, o son expulsados como "ruido" y redundancia. Por más que los añadidos tomen también su forma, su juego de flechitas y se enriquezcan con rumbos y círculos de feedback como en Moles, o se distingan los diferentes planos epistémicos como en Shaeffer, o con más osadía se lo intente dialectizar como en la propuesta de Rossi-Landi. Porque lo que el modelo rechazará siempre, lo que es imposible pensar desde él es la historia y el poder. Lacan no se ha dejado engañar y ha escrito "porque lo que es omitido en la estrechez de la moderna teoría de la información es que no puede hablarse de código sin que éste sea ya el código del otro: así que es de otra cosa de lo que se trata en el mensaje, ya que es en él que el sujeto se constituye y entonces es del otro que el sujeto recibe el mensaje que él emite". Lo que no cabe en el modelo es en últimas la contradicción y el conflicto, la heterogeneidad y la ruptura. De manera que la unidireccionalidad y verticalidad no son efectos, sino la matriz misma del modelo, su matriz epistemológica y política.

Para rescatar precisamente lo que no cabe en ese modelo nosotros proponemos la problemática de las prácticas culturales, de la producción y consumo de cultura en las masas populares. Somos conscientes de la confusión que afecta al concepto de lo popular. Somos conscientes de que si hay un término demagógico y oportunista es ese término y sin embargo, lo necesitamos como revulsivo contra las seguridades que nos daban esas otras teorías formales. Nuestra perspectiva es entonces la siguiente: lo masivo es a la vez negación y afirmación de lo popular, su mediación dialéctica. Lo masivo es negación de lo popular en la medida en que es una cultura para las masas y no por. Lo masivo es la imagen que la burguesía se hace de las masas, lo que quiere que sean las masas populares, la imagen de sí mismas que la burguesía quiere que interioricen. La cultura masiva en ese sentido no es más que el proyecto histórico que la burguesía produce a partir del S. XVIII.

Y sin embargo lo masivo es también **mediación** de lo popular. Y lo es más allá de ciertos marginalismos perfectamente funcionales e incluso más allá de ciertas situaciones históricas particulares como la que puede encontrarse en Perú o en Bolivia. Si no queremos seguir pensando las culturas indígenas como museos o "reservas" tendremos que admitir que tanto la producción como el consumo de lo popular pasan tanto cuantitativa como cualitativamente por lo masivo ya que en ello, como ha dicho Dufrenne, las masas populares invierten deseo y extraen placer.

Quiero contar una anécdota. Hace unos meses se proyectó en las salas de Cali una película mexicana: "La ley del

Monte", que batió el récord de permanencia de un filme en Cali, y convirtiéndose así en un fenómeno sociológico y antropológico digno de ser estudiado por fuera del manido discurso de la crítica. Fui con algunos compañeros, profesores y alumnos, a ver el filme. Y nos encontramos con que mientras la elementalidad del melodrama y las piruetas del lenguaje cinematográfico nos producían a cada paso risas, el resto de la gente, perteneciente en el noventa por ciento a la clase popular seguía, emocionada del principio al fin, lo que pasaba en la pantalla y rechazaba nuestras risas como un insulto a sus lágrimas. Al salir de la película yo sentí una especie de escalofrío, casi epistemológico, al darme cuenta de que la película que había visto la gente y la que yo había visto eran dos películas completamente diferentes. Y yo llevaba años creyendo que mis análisis -develadores de la ideología dominante- eran de las películas que veía la gente. . . cuando en realidad eran de las películas que yo construyo al ver cine. La clave de la reformulación que estamos proyectando está ahí: cierto que en esa película se negaba lo popular y sin embargo en esa película se afirmaba también lo popular mal que nos pese a los intelectuales. Y es así como hemos ido descubriendo que nosotros universitarios e intelectuales que rechazamos la cultura de masas a nombre de la alienación que ésta produce, estamos atrapados en un chantaje a nosotros mismos a través del cual cubrimos muchas veces con lenguaje de crítica política nuestro desprecio y nuestro asco por esa cultura otra, por esa cultura que es la de la otra clase. Durante mucho tiempo y a la raíz de no pocas de nuestras investigaciones, ha estado la ocultación de que nuestro desprecio por la cultura alienada no era más que el rechazo a la clase que vive esa cultura co-

mo suya, una cultura que trabaja desde otra experiencia vital, escandalosa de nuestras bien cuidadas formas burguesas. Nos planteamos entonces la necesidad de tener como cuadro de base el relato que la gente hace de lo que vive, de lo que ve y de lo que lee. Relato que nada tiene que ver con las respuestas a una encuesta y que plantea un reto radical a nuestra imaginación metodológica ya que la manera como las gentes leen las fotonovelas o miran las telenovelas rompe con los esquemas desde los que nosotros miramos o leemos. Hay un etnocentrismo de clases, como diría Bourdieu, desde el que nos resulta escandalosa e inferior la espontaneidad, la expresividad y el melodramatismo popular.

A partir de ese replanteamiento nos planteamos entonces la necesidad de dos cosas: Primero: de ubicar históricamente los procesos y los productos de la cultura masiva. Lo cual implica comenzar a comprender cómo desde finales del siglo XVIII, cuando la burguesía es ya dueña del sistema económico, se da, como ha dicho Marx, un proyecto de clases universal. Un único proyecto pero a través de un doble discurso: una cultura para sí y otra para el pueblo. Y esto nos reta a investigar entonces la historia de las culturas orales y visuales del siglo XVIII y XIX, e investigar los relatos populares que van desde los cuentos de terror de la novela gótica inglesa hasta el folletín en el que por primera vez la literatura y el periodismo se articulan en un nuevo proceso de enunciación, y en el que están ya presentes toda la problemática de los géneros populares, de las series, y los mecanismos de la telenovela como "obra abierta", obra que a partir del décimo capítulo comienza a ser escrita con colaboración efectiva de las masas. Entiéndase bien que no se trata de hacer arqueolo-

gía de las formas populares sino de investigar el proceso a través del cual se materializa el proyecto histórico del que emerge eso que hoy seguimos llamando "cultura popular". Desde esa perspectiva la recuperación de la historia de las prácticas populares nos permite dos cosas: salir del idealismo que ve en el comerciante de los medios el causante de la mediocridad y la alienación de los productos masivos para comenzar a pensar las matrices culturales de las que vive aún hoy la mayoría de la cultura masiva, matrices que se sitúan bastante más atrás y más a fondo de lo que pudiéramos pensar superficialmente, y de ahí la fuerza que tienen todavía. Y esa recuperación histórica viene también a relativizar la pretendida originalidad y eficacia de las modernas tecnologías. La crítica más radical que se le puede hacer a la mitología mcluhiana está en el estudio de los procesos y los dispositivos de enunciación de la cultura popular en el siglo XIX.

Junto a la ubicación histórica aparece la necesidad de contextualizar lo que se produce en los medios por relación a lo que se produce en otros espacios y de producción y consumo de cultura. Me estoy refiriendo a la imposibilidad de comprender el funcionamiento social de las historietas sino es por referencia a la cultura familiar y a la de la escuela. La relación entre textos escolares e historietas como lugar desde el cual son leídas. Contextualización por relación al barrio como nuevo espacio de identidad familiar e individual.

Por relación a los hospitales y a las cárceles: el discurso de la cárcel en una sociedad cada día más represiva es un discurso clave a rescatar como "lugar" de lectura. Y en una sociedad donde la presencia masiva de la policía pasa a invadir

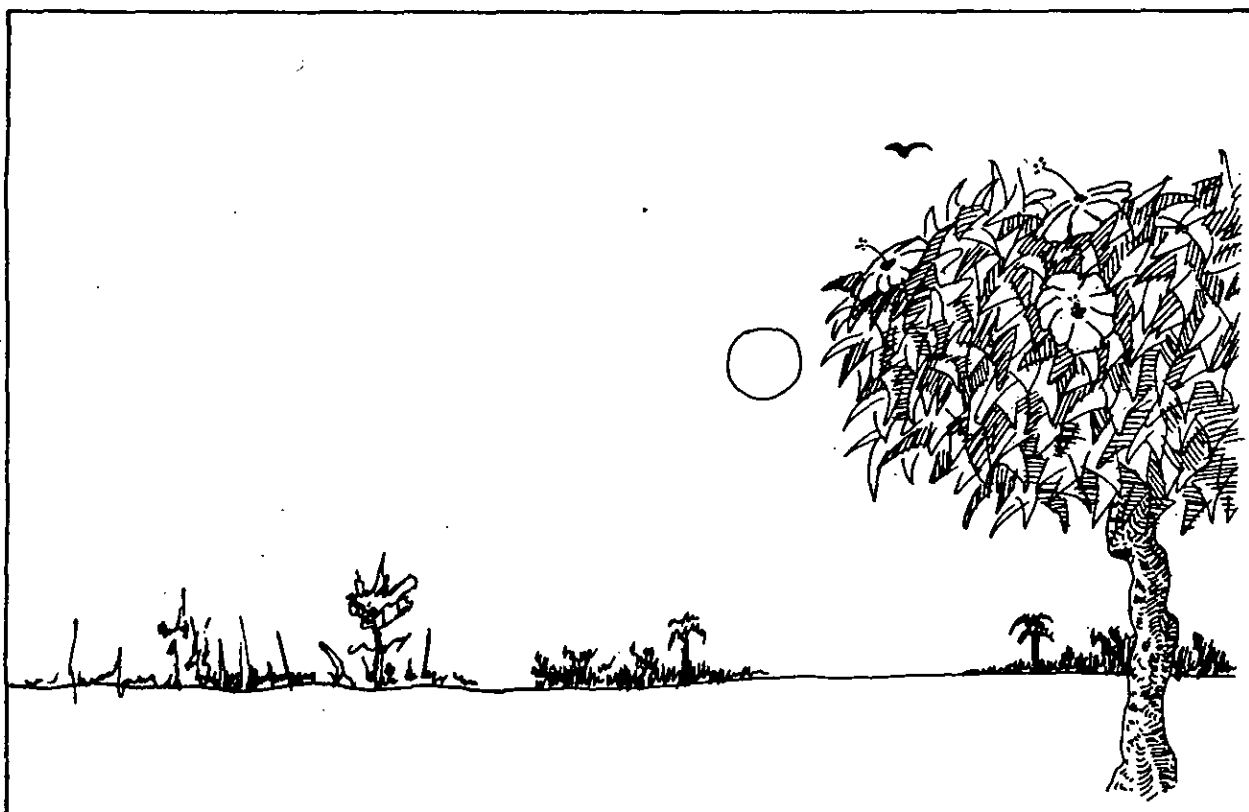
la calle, los espectáculos etc, esa presencia hostigante y cotidiana es otro importante lugar desde el que mirar no pocos productos de los medios. Por relación a los mercados, a los cementerios que son lugares fundamentales de la cultura popular, etc. Es toda la problemática de lo cotidiano la que es necesario rescatar para romper con la investigación teorícista y plagada de generalizaciones sin mordiente alguno sobre lo concreto.

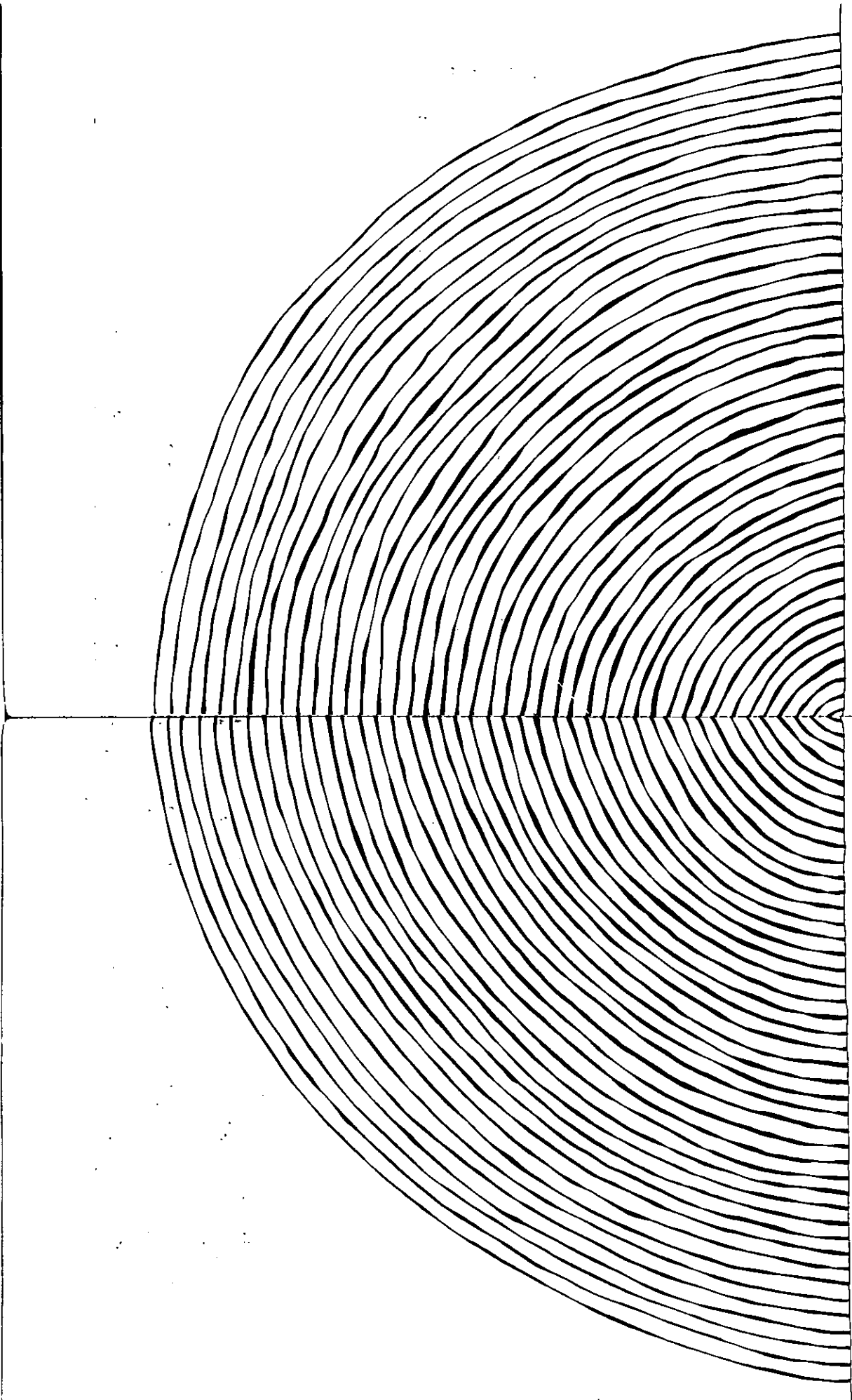
Termino con esta reflexión: creo que mientras no recuperemos la perspectiva de lo popular nuestras herramientas de análisis pueden resultar contradictorias con los objetivos que queremos dar a nuestras investigaciones. No olvidemos que una de las claves de la cultura masiva es servir de negativo prestigiador de la cultura culta. Yo no puedo afirmar que la cultura masiva vulgariza, deforma, simplifica sino desde la otra cultura, des-

de la calidad, la exquisitez y la elegancia de la cultura culta. Y entonces mi pregunta es: en qué medida el afinamiento de nuestras herramientas sociológicas, lingüísticas, psicoanalíticas, falto de una comprensión básica de lo popular y de su articulación en lo masivo, en lugar de acercarnos, de ayudarnos a comprender, nos esté alejando cada día más de lo que verdaderamente le importa a las masas populares.

Nota: Este texto recoge la ponencia presentada por el autor en el seminario sobre "Tendencias de la investigación de comunicación en América Latina" organizado por la Universidad Anahuac en México, Octubre 1.979.

Publicado en "Signo y Pensamiento" con autorización del autor.





reina, rugiendo, el león, a su nación, a su nación: aydel león si no rugiera, nunca rigiera, nunca rigiera, nunca rigiera !

POEMA DE DAVID CONSUEGRA